



# La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 1 de Noviembre de 1901.

Núm. 437

## Lo del Pilar va bien: ¡¡adelante!!

¿Que cómo vive la Iglesia?  
¿Que cómo se sostiene?  
¿Que como se desarrolla contra viento y marea.

Pues.... precisamente por eso; por la marea y el viento

Allá va la prueba.

Las cuatro torres que, según los antiguos planos, faltaban para completar el templo del Pilar de Zaragoza no se acababan nunca; estaban en los planos pero no en el templo.

Más vinieron los bárbaros de la libertad,  
Sopló el huracán de la tormenta,  
Fueron apedreados los católicos,  
Y.... arriba las torres: pues consta y se sabe que van a ser levantadas por suscripción y como testimonio del amor de los aragoneses a su Santísima Patrona.

Pues lo que acontece con el templo material acontece con el espiritual.

Se ha dicho que la Iglesia Católica es un árbol que cuanto más se poda más fructifica.

Creo que lo dijo Bossuet.

Y tenía razón.

Cada vez que los imitadores de Lucifer se empeñan en destrozarse el árbol de la Iglesia, reverdece por todas partes con más lozanía y vigor.

¡Adelante, pues, con la lucha; adelante con la peregrinación al Pilar: adelante con todas las obras de celo y de batalla.

¿Que chillan los enemigos?

Que chillen.

Precisamente en eso se conoce que son buenas; en que a ellos les parecen malas.

Preguntaban un día a D. Praxedes Mateo, eminente profesor de ecología política, que es lo que convenia votar en cierta urgencia parlamentaria de que no habia tenido tiempo de enterarse.

Y sin detenerse contestó a los suyos el viejo pastor:

«Lo contrario de lo que voten los enemigos.»

Pues apliquémonos la lección.

Hagamos lo contrario de lo que quieren los enemigos y seguro es que no erramos.

Ellos quieren que callemos?

A gritar.

Quieren que nos estemos en casa?

A la calle.

Quieren que seamos prudentes?

Pues imprudencia sobre imprudencia.

Por ese camino se va a alguna parte.

Por el de la cobarde ó egoísta pampinera que todo lo embrolla, solo se va a....

Detente pluma.

ADOLFO CLAVARANA

## ¡¡Serán malos los jesuitas!!

Malos, malísimos: así lo aseguran los Blascos de la prensa, la Belén de las turbas, el Lerroux de las masas y todos los rotativos mayores y menores que hoy se disputan el perro chico del jornal obrero para devolverlo traducido en castañas pironas al infinito número de sus lectores.

Los jesuitas son malos, malísimos, y por ende hay que arrojarlos de todas partes y sustituirlos por el filantrópico desinterés de los liberales.

Entonces verán ustedes canela.

Entonces verán ustedes prosperar todas las cosas.

Incluso las misiones.

Por esto nos ha ocurrido una idea: dar a conocer lo que hacen en las de Africa los pícaros *loyolas*, para que cuando les sustituyan en aquellos trabajos los caritativos redactores de *El Liberal*, *El Imparcial*, *El Heraldo*, *El País* etc., se vea claramente la ventaja que lleva el morrión progresista a la sotana clerical en esto de hacer bien al pobre pueblo.

He aquí una carta de Madagascar escrita desde Tananarive por el jesuita P. Beixiva encargado de la leprosería de San

Camilo pidiendo socorros y diciendo lo que allí pasa.

¡Que hermoso campo abierto a la caridad de los rotativos! ¡Cómo van a lucirse! Lean ustedes, lean ustedes.

Tananarive, 13 de Julio de 1900.

Habiendo sabido que deseaba usted tener algunas noticias sobre mis enfermos, me apresuro a complacerla en lo que pueda. El lugar en que me hallo, a dos horas y media de Tananarive, se llama Ambo-louvourak. La situación del hospital de mis enfermos es verdaderamente mala, a campo raso y sin cerca, está expuesto a vientos impetuosos, a pesar de hallarse rodeado por todas partes de montañas. Añádase a esto la carencia completa de agua. Apenas si hay la indispensable para apagar la sed y cocer los alimentos, y aun esta misma, ¡qué agual, turbia y asquerosa, como que al fin no es otra que la de lluvia depositada en unos pozos cerca de los barrizales donde cosechan el arroz. No hay, pues, que soñar en baños para los enfermos, cosa indispensable, tratándose de leproso. El hospital se compone de una iglesia, cuatro barracas para los enfermos y mi vivienda. Estos edificios, construidos en 1876, se sostienen a duras penas, como es natural, puesto que para levantarlos no se hizo uso de piedras ó de ladrillos, sino solamente de arcilla y mal preparada. Las paredes, resquebrajadas por todas partes, por milagro están en pie: se te chumbres, verdaderas cribas por sus agujeros y hendiduras, cubiertas con tejas, casi no defienden nada de las lluvias, de suerte que llueve tanto dentro de estas ruinosas casuchas, como fuera. Las barracas están divididas en varias habitaciones donde están como amontonados los enfermos: como no hay ventana alguna, allí no penetra la luz sino por la puerta abierta ó por los agujeros del techo. Entarimados y cielos rasos, no hay que buscarlos aquí. Los enfermos que allí habitan, encienden fuego en uno de los ángulos de la pieza para cocer los alimentos, y como tampoco hay chimeneas, inútil es decir, que toda la habitación con cuanto hay en ella, está ahumado y lleno de hollín. El viento, por su parte, se encarga de esparcir la ceniza por todo el aposento. Por otra parte, como hay tan poca leña por estas tierras, es necesario adquirirla a precios exorbitantes: de aquí que, tanto nuestros enfermos como en general todos los malgaches, tengan que abstenerse de usar-

a para calentarse. Su alimentación consiste la mayor parte del tiempo, en hierbas que ellos mismos van á buscar por el desierto. Una estera de juncos tendida en tierra, constituye todo el mueblaje de las habitaciones. Y los que ni aun esto tienen, se acuestan sencillamente sobre el polvo y la ceniza en tiempo seco, y durante la estación de las lluvias en el lodo.

„Cada cual se viste como puede: lo más del tiempo todo el vestido de un enfermo se reduce á un sucio harapo. La misión da al año á cada enfermo dos „lambo,, (pedazo de tela de las dimensiones de una sábana), y cada semana dos litros de arroz, y éstos no cumplidos. No pueden hacer otra cosa, dado que ella misma no vive más que de limosnas. El arroz se distribuye ordinariamente los lunes, en tal cantidad, que apenas es suficiente para no morir de hambre; así que por más que cada enfermo no coma sino una pequeña escudilla á la mañana y otra á la noche, cuando llega el jueves por la tarde están ya acabando sus provisiones, viéndose forzados á ayunar en toda la acepción de la palabra, lo restante de la semana, á no ser que les llegue alguna limosna extraordinaria, ó que el enfermo se procure con su propia industria alguna cosa. Es cierto que ha cedido el Gobierno á nuestros enfermos un trocito de terreno, pero esto no es proveer á su manutención. La tierra es bien pobre, casi arcilla pura; cuando llueve se puede cavar con azadón; pero cuando calienta el sol, se seca á las pocas horas y no hay medio de trabajarla más que á hachazos. En la temporada de las lluvias, los que buena ó malamente pueden todavía tenerse en pié ó servirse de las manos, remueven un poco la tierra y siembran la mandioca, patatas, etc. Esto sirve de pasatiempo, pero en ninguna manera de medio para asegurar la subsistencia. Usted podrá juzgarlo por sí misma. Supongamos que todos los enfermos, sin excepción ninguna, están en disposición de trabajar; aun así y todo, jamás llegarán á procurarse las provisiones necesarias para mantenerse, puesto que, hecha la repartición, no le tocarían á cada uno más que unos cuantos metros cuadrados de terreno, y ¿qué es lo que puede uno sacar de ese palmo de tierra? Pues si siembra mandioca, no podrá recoger el fruto hasta dentro de dos años; y entre tanto ¿con qué se vive? Y, después de todo, como cada uno planta ó siembra para sí, los otros que no se hallan en estado de hacer lo mismo ¿de qué se alimentarán entre tanto? Ciento cincuenta son mis enfermos; pues bien, de éstos ciento cincuenta, apenas si llegan á treinta los que pueden trabajar, aunque no sea más que un poco; los restantes están completamente imposibilitados, sea por la vejez, sea por las llagas de que está lleno su cuerpo, sea en fin, por la falta de pies y manos ó de las fuerzas necesarias para el trabajo. Y aun esos mismos que relativamente se encuentran todavía bastante bien, no trabajan sino muy medianamente; y á la verdad, ¿qué trabajo vamos á exigir de unos pobres desgraciados, sin dedos cuyo cuerpo está cubierto de llagas y que, extenuados por la miseria y la falta

completa de lo necesario, harto hacen en sostenerse sobre sus plantas? Si se trata de sanos que se muevan fácilmente, que anden, corran y á veces hasta bailen, no tengo sino cinco ó seis,

„Nosotros ahora estamos en pleno invierno. El termómetro sube á mediodía á lo más á 16° c. á la sombra, y baja hasta 3° c. durante la noche. A veces también se ve escarcha por las montañas; añádesse á todo esto, que el viento no deja de soplar; así que mis pobres enfermos tiritan de frío, no tienen más abrigo que el «cambo», húmedo casi siempre con el pus que corre de sus llagas. A falta de lluvia, el aire está cargado de humedad además de las nieblas que son frecuentes. Pues la estación lluviosa, por más templada que sea no es más benigna para los leprosos. De ordinario llueve desde las tres ó cuatro de la tarde hasta la mañana siguiente. Los enfermos se aprovechan de este plazo para calentarse al sol y cocer su frugal comida; apenas vuelve á comenzar la lluvia, ya los tiene usted acurracados en el suelo tiritando de frío, empapados como están en agua. Son tanto más sensibles al frío, cuanto más extenuados se encuentran por el ayuno, pues el arroz cocido en agua y apenas sazonado con sal, no es para criar muchas fuerzas. Ahora mismo tengo muchos de estos infelices, y tendré que luchar á brazo partido para evitar que mueran de hambre. En otro tiempo iban, los que podían caminar, á pedir limosna á los caminos, aunque con escaso éxito; más al presente lo ha prohibido el gobierno para evitar el contagio (los leprosos dejan por todas partes, en pos de sí, rastros de sangre y miseria;) y esto ha empeorado notablemente la situación de los leprosos. No pueden proporcionar ni aun los cuidados más indispensables; la mayor parte no tienen ya ni dedos, así que se hallan imposibilitados para lavarse y peinarse convenientemente; viven en chozas más propias de brutos que de hombres, y este desaseo desconsolador, cría toda suerte de sabandijas que se los comen vivos.

„Como antes decía, ellos por sí mismos apenas pueden valerse, por faltarle los dedos, y no hay quien les sirva sino yo; así es que me veo forzado á desempeñar con ellos todos los oficios posibles: yo hago de capellán, de sacristán, de médico, de hermana de la caridad, etc. Siendo esto así, es claro que no les puedo prestar gran servicio, pero podría hacer aún mucho más, si al menos tubiera recursos; pero ni tengo medicinas, ni lienzo para enjugar sus llagas y hacerles vendas, ni agua suficiente para bañarlos, en fin, todo absolutamente me falta. Si por dicha mía recibo alguna vez un retazo de tela ó un poco de manteca, curo las llagas de los que más padecen, pero no puedo hacer más.

„La lepra es el estado normal de estos desgraciados, amén de estar oprimidos por toda clase de enfermedades: fiebres, raquitismo, pulmonías, inflamación, de vísceras, reumas, etc., y á pesar de eso, más son los que mueren de hambre y de inanición, que á consecuencia de la enfermedad. Es tristísimo el estado de todos los leprosos en el país. Todo el mundo huye de ellos, se les mira con aver-

sion, y se les arroja de todas partes, y con frecuencia aun á pedradas, como si fueran perros. Las gentes más caritativas les dan á veces alguna limosna; pero por temor de tocarlos, se la arrojan desde lejos, como á un animal. De ningún modo se le considera como hombres; el leproso no es más que un leproso, no es un hombre.

«¡Ahl nadie quiere acordarse de que en aquel cuerpo que se pudre vivo, hay con todo, un alma inmortal, que nuestro Señor re-cató con su preciosa sangre, no menos que las de los demás hombres. En Madagascar, lo mismo que en las vecinas islas, la lepra hace inmensos progresos; centenares de víctimas de este terrible azote perecen en despoblado, de hambre y de miseria; pues, como antes decía, se les arroja de todas partes sin piedad, sin tener en cuenta de qué y cómo han de vivir.

«Tal es, en pocas palabras, la triste situación de los leprosos de Africa, tanto de los míos, como de todos los demás. Imposible ser testigo de tan gran miseria, y contentarse con un simple afecto de conmiseración, cruzados de brazos: es preciso á todo trance trabajar. Así que, con la ayuda de Dios, he resuelto levantar un asilo para 200 personas, y asegurar su manutención, aunque sea muy módica. Por ahora no puedo pensar en recoger más número de enfermos, porque, solo como estoy, no sabría dar abasto á los muchos cuidados que su situación requiere. Con doscientos, ayudado de Nuestra Señora, espero salir airoso.

«El Reverendo Padre Superior de la misión me ha dicho que para la construcción y sostén del asilo en proyecto, me harían falta al menos 150.000 francos, dado lo subido de los precios y además la falta completa de comunicación, que hace sumamente difícil toda empresa. Por aquí no hay carreteras, sólo se encuentran senderos, á los que se ha dado en llamar caminos buenos, para andar á pie, pero impracticables para los carruajes: todos los transportes se hacen á cuestras, y eso que los trayectos son por lo regular bien largos, Una suma de 150.000 francos no es poca cosa: así que, al oír esto, quedé espantado; mas al pronto pedí consejo del cielo, y creo que si la Santísima Virgen me ha elegido para llevar á cabo esta obra. Ella misma sin duda alguna me proveerá de medios. Confiado en su ayuda, me he tomado además la libertad de dirigirme á la Sociedad de San Pedro Claver, para implorar su socorro.»

Desde la fundación de las leproserías hasta 1898, no se había podido consagrar un Padre al servicio exclusivo de los leprosos: tan sobrecargados se hallaban los misioneros. Mas con todo, siempre tenía uno de ellos cuidado de visitarlos con frecuencia. La tarde misma del *Te Deum* de victoria cantado en Tenanarive, el Padre, á cuyo cargo estaba la catedral, partía á pie escoltado de algunos senegales, porque los fohavalos dominaban aún el campo. ¿Adónde iba? A ver y consolar á sus que ridos leprosos. Un buen número había muerto durante la guerra, mas todos los católicos habían permanecido fieles á su fé.

En 1890, estando ocupados todos los

Padres, el Obispo Monseñor Cazet, fué á vivir en la leprosería, y permaneció en ella durante diez días, confesando, bautizando y confirmando. Por lo demás, parece que allí hay una santa emulación por ocuparse en socorrer á los desgraciados. «He sorprendido, me escribe mi corresponsal, ya en las palabras, ya en los escritos de los Padres que se han sucedido en el cargo de cuidar á los leprosos, esta confesion que el mundo quizá condenará de locura: No tengo más que una ambición: morir leproso ó mártir.»

Tal es también el deseo del P. Begzim. «¿Yo leproso? ¡Qué dicha la mía! Ojalá Nuestra Señora me alcance esta gracia, con tal que mi sacrificio inspire un poco de generosidad, y vengan algunas limosnas para mis hijos, mis pobres leprosos.» Este cálculo sublime nos explica por qué el humilde apóstol no rehúsa dar á conocer su abnegación. Espera que esto le valdrá una limosna para sus hijos.

En 1898 fué cuando el jesuita polaco obtubo, á fuerza de instancias, ir á Madagascar, y dedicarse á los leprosos, no transitoriamente, sino de asiento. Desde entonces la leprosería de San Camilo tiene en él su enfermero, su capellán y su padre.

He aquí la descripción de esta vida asombrosa, hecha por el testigo ocular antes citado:

«Hay que ver el interior de una choza de leprosos: nada de luz, las paredes están ennegrecidas por el humo, pues el pobre enfermo padece frío, y, para luchar contra él alimenta el fuego de un hogar humeante; con eso la atmósfera que le rodea, un tanto templada, parece dar algún alivio á su organismo en putrefacción.

„Además, ¡qué hediondez cadavérica! He visto algunas veces penetrar en estas chozas algunos curiosos... Mas pronto salían de ellas asfixiados, llenos de asco. Algunos buscaban en laboratorios de ácidos perfumados una desinfección necesaria; ya se creían cubiertos de lepra, y durante algunos días, aquella imágen de la muerte les seguía por todas partes con su aspecto horripilante. Pues ese es el medio habitual en que vive el Padre. Él es el que tiene que consolar á ese desgraciado tendido sobre estiércol como el Job de la Escritura; inclinarse hacia esas bocas, hacia esas orejas; corroidas con frecuencia por la lepra, para oír la confesión de ese ser inmundo, y á pesar de todo, tan querido; pues tiene un alma que salvar y es su hermano, un hijuelo de Jesús, á quien hay que abrirle las puertas del cielo. Todos los días va el Padre dando la vuelta por todas las casas para procurar socorro á los que ya no pueden arrastrarse hasta la capilla, ni calentarse al sol á lo largo del camino.

«Rakotomina se ha quedado allá en su casita; él ciempre el primero á la distribución, ¿qué le ha pasado?»

«Conque, mi pobre Rakoto, ¿no va bien eso?»

«Ay, Padre, ya no puedo andar, mis pies ya no me quieren llevar, y yo tengo hambre, Padre, no he comido nada después de la distribución del arroz; mis llagas me dan harto que sufrir, pero sobre todo, tengo hambre.—El Padre le da en-

tonces su comida, y él se contentará con un poco de arroz y algunas tazas de té.

«Su ordinario sustento es de los más modestos. Un día le anuncié una visita? «Sí, sí, venga usted, que me dará mucho gusto; mas cada uno, como dicen ustedes, trae consigo su comida,» añadió sonriendo. Yo no tomé sus palabras por lo serio; sin embargo, para no causarle molestia, metí en el bolsillo un pedazo de pan y otro de carne. Llegué, pues; aquel día el buen Padre se había metido en gastos y se portó con una generosidad increíble; como era natural, la mejor parte se la llevaron los leprosos. Para sus enfermos, es una verdadera madre; no para un instante; para todos tiene un socorro y una buena palabra. A éste, una taza de té; á aquél, una cazuela de sopas; á un tercero, una rebanada de pan, un pedazo de carne; todo ello tomado de su mesa.

«Pero en nada tan admirable como en la cura de las llagas. Sólo verlas horroriza, el hedor es insoportable. Sin embargo él lo hace todo con la delicadeza de una madre, con la abnegación de una santa Hermana de la Caridad.

«Padre mío, me decía una vez no puede figurarse V. R. cuanto ensanchan el corazón de estos desgraciados estos servicios, por pequeños que sean. ¡No creen lo que están viendo! «¿Cómo? ¿mi vasaha (blanco) haciendo estas cosas? ¡No es posible!»

Así que las pobres gentes llaman á su bienhechor mompera (el que es nuestro padre y nuestra madre.)

«Cuando uno entra en una casa de leprosos se siente tristemente impresionado al ver sus lechos miserables. Un encañizado tendido en tierra, una estera manchada de sangre y miseria; esa es la cama de aquel pobre anciano que veis allá calentando sus miembros al sol. «Ya no vivirá mucho, me dice el Padre, pero aún puede caminar! Aquí, en esta casa, hay dos sobre quienes ostoy siempre alerta; ya los he administrado; están en el último período.» Entramos dentro. A la vista del Padre, sus semblantes tristes, enjutos por el sufrimiento, se tornan al punto radiantes de júbilo. Procuran articular algunas palabras que yo no entiendo ni percibo: ya no tienen voz. Es una señal evidente de que los órganos están carcomidos por la lepra y de que se acerca su fin. Al día siguiente uno de ellos habrá muerto; se procede á una ceremonia tan conmovedora como sencilla.

«Allí estan todos los leprosos para acompañar á su hermano hasta su última morada. Dos de los más vigorosos han abierto de antemano una fosa. En ella dormirá el difunto aguardando que mañana venga otro á acostarse á su lado, y así sucesivamente; porque entre estos pobres desgraciados, nada menos extraño que el verse de este modo arrebatados por la muerte unos en pos de otros. ¿Pues qué? ¿No aprenden á morir cada día? ¿No mueren un poco cada día en sus miembros que se van cayendo á pedazos? ¿No es la muerte para ellos la libertad, el principio de la verdadera vida?»

«Si el cuidado de los leprosos es penoso y duro á la naturaleza, no deja de ser muy consolador á la luz de la fe. El bien

que á estos desgraciados se hace es verdaderamente extraordinario. Aun los protestantes, aun gentiles, están prendados de la abnegación del Padre, de suerte que todos se van de este mundo adornados con las vestidura de hijos de Dios y de la Iglesia. El Padre de los leprosos tenía todo un distrito, mejor diremos, toda una diócesis.

«¡Navidad! Este año, como cosa extraordinaria, y puede decirse que por vez primera (pues hasta este día el Padre de los leprosos tenía que servir á todo un distrito, mejor dicho, á toda una diócesis), por vez primera, digo, se pudo celebrar la fiesta de Navidad para solos los moradores del asilo.

«Había que ver el entusiasmo de estos restos ambulantes. ¡Pobrecitos! No se empeñaban en tener misa de gallo! «¡Ni ocurrirseos siquiera, hijos míos!—les dijo el Padre;—¡moriríais de frío!» Bien que eso poco les importaba. «No, misa de gallo, no: lo que haré es deciros la misa muy de mañana, antes de despuntar la aurora.

«¡Estamos ya en la iglesia! Pero, ¡oh, qué iglesia tan pobre! No, debe ser muy orgulloso el jesuita ó los jesuitas que se suceden ó han sucedido en este cargo. Si al Padre encargado de la catedral le hubiera venido algún pensamiento de vanidad ó de orgullo en medio de las brillantes y majestuosas ceremonias, dominadas por los potentes acordes de soberbios órganos, como se estila allá en nuestras catedrales de Francia, de seguro esos pensamientos de vanidad se le hubieran desvanecido muy pronto.

«Aquella misma tarde ó al día siguiente, ya se encontraba en esta miserable iglesia de los leprosos, sin más tapiz que unas pobres esteras salpicadas de lodo. Pobre el altar, pobre la luz, pobre las ceremonias, sin otros acordes que los de un mal organillo de Berbería, al que da vueltas el menos manco de nuestros fieles. Aguardad á que despunte el día, que entonces, cuando se hayan ido nuestros leprosos ó al menos queden pocos (porque más ó menos nunca faltan en ella durante todo el día alguno que otro), iremos visitando esta iglesia. ¡Sangre por todas partes! En el suelo, en las paredes... (ni puede ser menos, dado que á la mayor parte los humores les chorean de todos sus miembros); el mismo comulgatorio está manchado de sangre, y manchado también el confesonario... Ese es el salón del jesuita; ahí es donde á vista de nuestro Señor da audiencia á sus desventurados hijos.

«Sería cosa de nunca acabar, si quisiera contárselo todo. Y, sin embargo, á medida que los hechos se agolpan á mi memoria, los encuentro todos tan conmovedores, que no tengo valor para callarlos. Sin embargo, tengo que acabar.

«Decía, que no tenemos recursos; ¡cuánto bien no pudiéramos hacer si los tuviésemos! Se procura trabajar cuanto se puede. Trabaja el Padre, para aliviar con el fruto de sus sudores á los enfermos. Trabajan los mismos leprosos; se les ha cedido unos terrenos, donde plantan mandioca y batatas. Pero, os lo confieso, me avergüenza pintaros á estos pobrecitos, á estas ruinas vivientes, cavando la tierra,

para arrancarle el escaso aliento que, unido á los donativos de la misión, les preservará de la muerte. Hace daño verlos sin dedos, sin manos removiéndolo á duras penas la tierra con sus muñecas ensangrentadas. Cosas, por cierto, lastimera, y que hace saltar las lágrimas. Debían trabajar estos desdichados, y menos en tan fatigoso trabajo? Y, sin embargo, es necesario, sopena de morir. Bien lo comprenden ellos mismos, sin que nadie les fuerce á ello. Todos tienen su ocupación: éste arranca con dificultad algunas plantas secas para calentar su choza y cocer su arroz; aquél va por agua al vecino manantial: no tiene manos, apenas le llevan sus pies, pero él se las ingeniará, y con un largo bambú, á manera de balancín, traerá sobre sus hombros dos cubos de agua. Otros lavan la ropa sucia de sus vecinos; otros sirven de enfermeros, y aquellos á quienes el dolor tienen cosidos á su infestado lecho, ruegan por todos, especialmente por sus bienhechores de Francia, y para que Dios mueva los corazones y les envíen muchas limosnas.

»Así, todos en este pueblecito tienen sus quehaceres, y todos los días son iguales.

«La fe y la religión han hecho una verdadera mudanza en estos pobrecitos. Nada tan conmovedor como llevar la comunión á los enfermos en sus propias chozas. Tuve el gusto de presenciárselo una vez. Toda la choza está limpia de arriba á abajo. ¿Cómo no, si va á venir el Amo? Es, pues, necesario que nada desdiga de tal huésped. La puerta la adornan toda con flores y ramajes, y todos acompañan en procesión al Santísimo Sacramento, cantando ó rezando el rosario. Al pasar de la Sagrada Hostia, van sembrando flores delante del sacerdote, y todo esto con candidez é ingenuidad encantadora. A Dios le miran como á su mejor amigo. Sin pretenderlo uno, no puede menos de evocar las escenas evangélicas y sentirse hondamente conmovido. ¡Pobres gentes! Basta haberlas visto, para amarlas; á ellos, los despreciados, los abandonados, se ven al menos amados por el Padre jesuita.» (1)

Ahora ya no será eso.

Nada, nada de Jesuitas, desde ahora en adelante no habrá tal cosa. En vez de ser un fanático el único que los cuide y mire por ellos, serán los redactores de los grandes periódicos liberales, los apóstoles de pluma los que irán á jugar el pellejo y morir leproso por auxiliar al pobre atacado de la terrible plaga.

¡Que campo tan hermoso para la caridad de los redactores de *El Liberal*, *Heraldo* y compañía!

¡Cómo van á lucirse!

A. CLAVARANA.

ACERTIJO

La caridad con los pobres es distintivo de todas las órdenes religiosas; en ellas encuentra el pueblo que tanto sufre, el auxilio de sus necesidades. ¿Cómo se explica, pues, que los liberales que dicen amar tanto al pueblo las quieren arrojar de todas partes?

(1) *Los Jesuitas y los pobres*: véase el anuncio.

BIBLIOGRAFIA

RAZÓN Y FÉ—*Revista mensual redactada por Padres de la Compañía de Jesús.*

Hemos tenido el gusto de recibir los números 1º. y 2º. de esta doctísima revista cuyo alcance religioso científico y literario es difícil apreciar sin leer detenidamente los dos excelentes números que van publicados.

De la necesidad y utilidad de esta clase de publicaciones dá idea muy clara el hermoso artículo editorial que encabeza el primero.

«Ya en su tiempo, dice la redacción, vio venir Pio VII sobre la sociedad cristiana como nube asoladora la invasión de los nuevos barbaros, de los sabios sin ciencia y de los escritores sin pudor y sin fé, que son los mas grandes malhechores de la humanidad; y quiso, ya entonces, que se estrellase la invasión en el inquebrantable baluarte de una franca resistencia; porque, como dijo en su encíclica *Diu satís*, «sinó se arranca su raíz y destruye su semilla (la de la desenfrenada libertad de pensar, de hablar, de escribir y de leer,) el mal irá creciendo, se irá afirmando, abrazará toda la tierra; y entonces para destruirlo, no bastarán los ejércitos, ni las guarniciones, ni la vigilancia de la policía, ni las murallas de las ciudades, ni las barreras de los imperios.»

Es evidente que el deseo de Pio VII no se realizó, y que lejos de arrancar la cizaña de las malas ideas, la libertad de propagarlas crece mas cada día. ¿Qué recurso queda pues á los hijos de la luz? El que propone el actual Pontífice; acudir á la Cruzada de la inteligencia con las armas que cada uno pueda esgrimir.

Bien cumplido dejan los Padres de la Compañía de Jesús en el terreno científico este trascendental encargo de S. S. León XIII con la nueva Revista, aparte de sus otros trabajos de cada día.

Al pueblo católico y muy especialmente á las personas ilustradas toca por su parte proteger esta clase de tareas cuya trascendencia puede medirse *a priori* examinando el resultado que están produciendo en el mundo los malos escritos.

Pio VII fué un profeta.

Los ejércitos no bastan ya para atajar la invasión de las sombras.

¡Ay! de los hijos de la luz si con las armas de la inteligencia y del espíritu no nos aprestamos á defenderla; ¡ay! de los padres de familia que no saturen el cerebro de sus hijos con el divino alimento de la verdad. Pronto se verán rodeados de un ejambre de barbaros ilustrados que amargarán los últimos días de su existencia.

Entusiastas de la sana lectura, hemos sentido siempre vocación especial de propagarla. Después de la espiritual encomendada á mas alto apostolado, la intelectual fué nuestro sueño. Pareciéonos siempre que el hombre ama la verdad como las flores el rocío y que lo que importa es rociarle con la más pura y la mas clara que se encuentre.

Cierto que hay lucubraciones científicas á las que no es posible despojar de su elevado ropaje; pero ya que no quepa reducir á

parábolas cierta clase de estudios, ganan estos mucho cuando son expuestos sin las pedantesca garrulerías que suelen estilarse entre los que escriben por interés ó por vanidad.

En este punto nada hay que reprochar á los sabios redactores de RAZÓN Y FÉ. Ya se conoce que escriben por amor de Cristo. Reciban nuestra más cordial felicitación y recíbanla también la ciencia y literatura patrias.

A. C.

RETIRO MENSUAL. Muy favorable acogida ha tenido la preciosa obrita del M. R. P. Fidel de Alcira titulada RETIRO MENSUAL anunciada en nuestro periódico en números anteriores, pues en el poco tiempo que lleva de publicada está ya para agotarse la edición de 2,000 ejemplares. De nuevo recomendamos este precioso libro que ha sido bendecido é indulgenciado por varios Reverendísimos Prelados. Precio: 1-25 ptas. Puntos de venta, en Orihuela. Convento de PP. Capuchinos. En Madrid, librería de D. Gregorio del Amo. En Barcelona, D. Miguel Casals, en las librerías católicas de Valencia y en Sevilla, Administración de *Adalid Saráfico*.

LOS JESUITAS Y LOS POBRES por Augusto Belanger de la Compañía de Jesús; traducido del francés por el «Apostolado de la prensa» Madrid 1901.

El autor de *Los desconocidos* ha dado á luz este segundo trabajo tan acertada y oportunamente como el primero. A pesar de ser un hermoso libro en 4.º de 257 páginas excelentemente impreso en buen papel, se vende en las librerías católicas á 60 centimos el ejemplar y á 50 al por mayor.

Para propaganda, es obra que nada deja que desear y la recomendamos con verdadero interes.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.